

REFORMA SIGLO XXI

MAÑANA, MARTINA

■ Eugenio del Hoyo Briones*

La ciudad lentamente despertaba de su letargo. Era un soleado día de verano en los años 50s del siglo pasado. Comenzaron a oírse los pregones de los puesteros del Laberinto y ya olía al “santo olor” de la panadería, que emanaba del establecimiento de los chinos en contra esquina del portal de Rosales; por las solitarias aceras de cantera caminaban unas cuantas señoras y señoritas de las de antes, todas vestidas de negro, debido a los extensos periodos de luto que acostumbraban guardar y que traslapaban la pérdida del abuelo con la del papá, la de algún pariente y hasta la de los padrinos, sin contar a la abuela, la madre, las tías, las primas y alguna que otra amiga muy querida.

Esas damas de sombríos atuendos, con faldas hasta la pantorrilla o enaguas largas casi hasta el huesito, se dirigían a misa. Al Sagrado Corazón, unas; o a Santo Domingo, otras, y las menos, a Catedral, luciendo en sus cabezas el cabello recogido y cubierto por sendas mantillas, algunas muy finas y elegantes, otras sencillas y discretas, todas portando sus bolsos o monederos, sin faltar la colorida bolsa tejida con fibra de maguey, para colmarla con el mandado.

Alrededor de las 10 de la mañana, el ruido de las cortinas de fierro enrollándose para abrir las tiendas, lograba despertar a quienes aún dormitaban en las casas de los altos. Entre los primeros en abrir estaban Medellín y Jaquez, uno en la esquina del callejón de Cuevas y el otro en la del callejón de la Bordadora, por allí a esa hora bajaban muchas mujeres y uno que otro varón que se dirigían a los bien surtidos puestos del Laberinto, entre los más tempraneros estaban quienes traían de los alrededores de la ciudad, los conejos, liebres y ratas de campo que ya sin dentros, pero conservando su cuero, mostraban a los compradores en los escalones semicirculares, esos que llevan al

interior del mercado. Los carniceros ya colgaban las canales de las reses y los marranos para luego cortar las porciones solicitadas por sus clientes.

El tráfico matutino empezaba a circular por la avenida, que dicho sea de paso era parte de la Carretera Panamericana, por lo cual de día y de noche pasaban los viajeros, los autobuses, las trocas y tráileres que circulaban desde o hacia el sur cruzando Guadalupe o iban al Norte; a esas horas ya estaba el agente de tránsito, impecablemente uniformado, subido en su banquito de madera, con sus silbatos acompañados de enérgicos movimientos de brazos, intentaba poner orden y agilizar el paso por el cruceo con la calle Allende.



Rosa Covarrubias in *World of* 2016

Zacatecano por nacimiento, regiomontano de toda la vida. Ingeniero de profesión, Maestro en Administración, Doctorando en Educación. Ex Director General en ARTE A.C., Ex Rector UANE Mty., Profesor en ICAMI, radioaficionado, excursionista, miembro de FMRE A.C. y Scouts de México, coleccionista, esposo, padre y abuelo.

Aquella como en todas las mañanas, aparecía Martina; una viejecita muy bajita de estatura, pelo entrecano asomando de su deshinchado y mugriento rebozo, cara reseca y muy arrugada, desdentada de los incisivos y casi todos los molares, rasgada, sucia y larga saya; calzaba gastadas chanclas en sus descuidados pies; de su brazo izquierdo colgaba una vieja, raída y muy descolorida bolsa de ixtle.

Caminando a su pasito por la calle de Zamora llegaba a la esquina de Independencia, se dirigía a la izquierda sobre la banqueta frente al jardín de Villarreal, deteniéndose en la terminal de los Transportes Tepechtlán; en ese lugar empezaba a pedir limosna a los pasajeros y a quienes estaban allí para despedirlos, los primeros camiones en salir eran el de Colotlán y el chato hábilmente conducido por el güero don José, quien salía cada tercer día a Monte Escobedo.

Ella seguía por la banqueta de la casa de La Condesa, cruzaba la calle para pedir caridad a los huéspedes del hotel y restaurante que estaban enfrente; las primeras burlas del día, las recibía de los choferes de los coches de sitio, quienes aburridos, esperaban la llegada de algún o algunos pasajeros que querían ir a la estación del tren o al barrio de la Pinta, lugares lejanos que invitaban a usar el camión urbano o un automóvil en lugar de caminar, como en aquel entonces era habitual en la “Bizarra Capital”.

La Farmacia Lopez de Lara ya estaba llena de gente y allí se detenía Martina buscando la dadora de clientes y dependientes, sin dejar de procurar a Carmelita, que siempre tenía algo para ella, aunque fuera un pan francés recién salido del gran horno de leña de la panadería de los chinos; cabe decir que era frecuente que algunos Zacatecanos enviaran a ese fogón, algún borreguito traído de su rancho o hacienda, ya destazado y enchilado para tatemarlo.

Salía de la farmacia y entraba al Paquín, allí doña Juanita también le tenía un guardadito y los clientes, que siempre eran muchos, unos le daban un quinto y otros nada.

En la entrada al Laberinto por el callejón de la Bordadora, el bullicio era grande y al señor de los ostiones le rodeaban los antojados clientes, para observar como de una manera muy hábil tomaba la áspera y fruncida concha con su mano derecha y con la izquierda presionaba entre los dos lados con un

desarmador, ¡voilà! vaciaba el molusco en una gran copa de vidrio de las que se conocían como neveras, usadas en la Acrópolis de Said Samán y en la Atenas de Tasaki Kusulas; exprimía las dos mitades de un jugoso limón y bañaba los ostiones con colorada salsa picante, eso sí, al gusto del cliente; frente al de los ostiones, pegado a Jaquez había llegado el muchacho de los dulces de leche, con su limpia vitrina colocada en un banquito de madera, al trasladarse a ese lugar, el banquito lo cargaba plegado en su hombro y la vitrina bien equilibrada sobre su cabeza.

A Jaquez habían llegado dos hermanas, señoritas que vivían cerca del Teatro Calderón, en aquel tiempo cine, para surtir algo de mandado y comentaban el ruido escuchado durante la madrugada frente a su casona; la avenida usualmente era muy tranquila una vez que todos se recogían a descansar, les inquietaba no saber quiénes estuvieron pasando con motores muy sonoros y molestos a esas sosegadas horas, a ellas les dio miedo asomarse al balcón para satisfacer su curiosidad.

El Sr. Jaquez, arreglándose el negro bigote y dejando de envolver lo que habían comprado, dijo: “así como lo oyen, parece que fueron camiones del ejército que regresaron a sus cuarteles, después de recorrer la sierra de Valparaíso, mi General Anacleto Lopez los comandaba, fue una partida muy grande, llegaron en la madrugada”. “¿El dueño de Víboras y Malpaso?”, preguntaron azoradas. “¡El mismo!”, aseveró Jaquez.

Las señoritas quedaron boquiabiertas al pensar que durante la madrugada, tantos soldados estuvieran pasando frente a su casa. Una le decía a la otra: “Imagina si se les ocurre detenerse y entrar”. “¡Ave María Purísima!, ¡Jesús María y José!, ¡Santo Cristo, Santo fuerte, Santo inmortal! ¡Que mortificación!...” En eso estaban cuando a una de ellas le pican las costillas, “¡Sagrado Corazón de Jesús!”, gritó asustada. Su hermana la calmó, diciendo: “Es Martina, dale unos tostones”.

Por la banqueta de enfrente llegó Marcelino González al Banco Mercantil de Zacatecas, era profesor de juegos y deportes en el Instituto, fue el primero en llevar una pelota para jugar baloncesto a Zacatecas, su pelo blanco hacía juego con sus zapatos y pantalones que acostumbraba a usar de ese color, su porte distinguido acentuaba su atlética

y casi marcial figura. Martina lo vio, cruzó a la carrera la avenida, se oyeron cláxones, gritos y chirridos de llantas intentando evitar atropellarla; ella sabía que siempre Marcelino salía del banco con unos centavitos, así que espero paciente en la puerta para recibir esa dádiva.

Cuando salió el profesor ella extendió su mano y recibió las monedas de siempre, pero esta vez Marcelino le tenía una sorpresa al añadir un billete de a peso, Martina sonrió complacida y siguió su camino ahora en sentido contrario, aproximándose al callejón de Cuevas que ya olía a la negra "Pomada Anodina Galeno", buena para todo, elaborada por el señor Medellín en la trastienda de su botica; Medellín estaba detrás del pequeño mostrador y como era su costumbre le tenía a Martina 10 centavitos.

Al lado, en la tienda de telas y casimires, entre los dos aparadores se encontraba uno de los dueños en espera de que arribara algún cliente, ella llegó a pedirle limosna y él, que se encontraba sin ganas de darle, le dijo: "Mañana". Ella respondió con una amplia sonrisa repitiendo: "Mañana, mañana".

Al tiempo que Martina se dirigía al consultorio del Dr. Ponce, llegaba a la tienda de casimires Juana Gallo, anciana arrugada, siempre con antiparras de vidrio oscuro y un raído, sucio y viejo sombrero de paja, de esos que acostumbraban a usar las mujeres en las labores del campo, enaguas largas, mandil

a la cintura, rebozo terciado, canasta en el brazo y grueso bastón; al dueño de los casimires le pidió unas monedas, todos sabían que las usaría para meterse en la primer cantina que encontrara y chupar sus alipuses. El señor, al igual que a Martina, le dijo: "Mañana". La respuesta no fue la amable repetición y sonrisa de Martina, Juana gritó: "¿Mañana? Hijo de tal por cual...", y la emprendió a bastonazos al tiempo que profería todos los improperios imaginables, de esos acostumbrados en las cantinas, líbrenos Dios de que se usaran en la calle y mucho menos por las mujeres, ansina era la pobre de Juana Gallo "quesque" se "juyó" a la bola; en ese entonces y ahora, nadie lo ha confirmado.

Mientras tanto Martina llegó al consultorio del Dr. Ponce, quien había estado todo el rato en el quicio de la puerta, en espera de pacientes que fueran a su consulta; había oído que su vecino, el de los casimires, le dijo: "Mañana", en lugar de darle algo de dinero. Como Ponce tampoco cargaba un cinco por la falta de pacientes, decidió arriesgar y hacer lo mismo para quitársela de encima; se le acercó la maniática mujer alargando su brazo con la palma de la mano extendida, a guisa de pedir caridad y el doctor desasosegado exclamó: "¡Diantres! ando bruja, no tengo nada". Después de un momento de silencio, con paciencia el doctor le dijo sonriendo: "Mañana, Martina" y ella con su grata y desdentada sonrisa se retiró muy contenta repitiendo: "Mañana, mañana".



Rosa con personalidades de la Comunidad de Chinois y Dolores del Rio, 2016